



## El teatro de la vida

Ayer por la tarde, en la aldea, siempre tranquila, hubo una actividad inusual. Las mujeres nos afanamos por dejar todo listo para que los hombres, al llegar a casa, pudieran cenar y descansar y, luego, nos preparamos con esmero para asistir a un acontecimiento especial.

Hacía unas semanas que las autoridades anunciaron la llegada de un teatro ambulante<sup>1</sup> y pidieron que todas las mujeres, niñas y niños dejaran por unas horas sus tareas cotidianas para asistir a la representación. Insistieron, además, en la importancia de que acudiesen también los hombres. Sin embargo, a mi marido, como al resto, la idea no le parecía muy acertada.

-“Los hombres ya tenemos bastante con nuestro trabajo en el campo”, decía.

Mi marido es un buen padre y un esposo cariñoso, pero incapaz de comprender que yo también trabajo mucho cada día y que estoy cansada. Nunca puedo contar con él, por lo que deben ayudarme mis hijas:

-“Cuidar de los niños y de la casa es cosa de mujeres”, es la frase que más repite.

No se da cuenta del esfuerzo que para las niñas significa estudiar y además llevar el trabajo de la casa. Sin ir más lejos, Lou, nuestra hija mayor, tuvo que dejar de ir a la escuela con sólo diez años, para ayudarme cuando nació Kim, el bebé.

Finalmente, y después de muchas discusiones, me dio permiso para ir al teatro.

Después de vestirme, extendí mi *kromar*<sup>2</sup> en el suelo, envolví con él a Kim, que dormía, y me lo eché a la espalda. Me dirigí presurosa con los niños al lugar de la representación.

Allí, nos juntamos con mis amigas y vecinas.

Cuando el sol terminó de ponerse, sonó un gong y se iluminó el escenario: ¡luz eléctrica! ¡Era todo tan sorprendente! En el más absoluto silencio esperamos que diera comienzo la representación.

Bajó la intensidad de la luz y el escenario se llenó de grandes sombras negras. Delante teníamos una aldea muy similar a la nuestra. Atrás del todo, se distinguía una alta montaña, con un gran

<sup>1</sup> Las representaciones teatrales son una herramienta educativa muy utilizada en Asia y están incluidas en muchos programas de desarrollo integral de la mujer.

<sup>2</sup> Kromar: pañuelo de algodón típico de Camboya



pico puntiagudo, que se elevaba hacia el cielo. Una niña, algo más pequeña que Lou, acunaba a un bebé mientras movía un sonajero muy bonito. El sonido del sonajero alejaba las enfermedades y mantenía sanos a los bebés de la aldea. A su lado estaba el resto de la familia, su padre, su madre y sus dos hermanos mayores. Me llamó mucho la atención que todos cuidaran de la casa y del bebé, eso permitía que la niña pudiera ir a la escuela. Al mirar a Lou, noté una expresión triste en su cara. ¡Sentí tanta pena por mi hija mayor!

De repente, la música se hizo más grave e intensa. Contemplamos cómo la sombra de un enorme pájaro entraba en la casa de la familia y se llevaba el sonajero. El pájaro se alejó volando hacia la cima de la montaña donde tenía su nido. Al día siguiente, el bebé se puso enfermo y no dejaba de llorar. Abracé con fuerza a Kim. Era el mismo llanto que tuvo mi hijo cuando, la semana anterior, le atacaron las fiebres.

La niña de la historia, que era muy valiente, decidió ir a buscar el sonajero de su hermano. En el camino hacia el nido, tuvo que hacer frente a muchos peligros, pero salvó todos los obstáculos recordando los consejos que, cada día, le daba su maestra en la escuela: venció a unos mosquitos gigantes; con ayuda de unos árboles, pudo construir una balsa para cruzar un río en cuyas aguas vivían unos peligrosos gusanos; tejió una alfombra de mimbre para evitar pincharse con las púas venenosas, que el pájaro había plantado para proteger su guarida y, finalmente, llegó, ya de noche, al enorme nido en el que guardaba los sonajeros que había robado a los niños. La niña cogió del nido todos los sonajeros que pudo y los guardó en su kromar, aunque nos dio pena ver que no había podido cargar con todos. Cuando llegó sana y salva a la aldea, y vimos que, gracias a ella, algunos niños enfermos se curaban, aplaudimos felices. Todos en el pueblo la felicitaban ¡Por primera vez en la vida, el pájaro negro había sido derrotado. Y todo gracias a una niña!

Cuando terminó la representación, las mujeres que formaban la compañía de teatro nos contaron un montón de cosas que no sabíamos sobre algunas de las enfermedades que atacan a nuestros hijos y la importancia de los hábitos de higiene para prevenirlas. Entonces entendimos el sentido de la historia: los mosquitos transmiten muchas enfermedades que pueden evitarse con una simple mosquitera. Además, nos hablaron de la necesidad de eliminar los parásitos del agua que vamos a beber y de cómo proteger a nuestros hijos de los diferentes virus.

E insistieron una y otra vez en que toda la familia debía implicarse en llevar a la práctica estas medidas.



De vuelta a casa, mis dos hijas pequeñas se quitaban la palabra de la boca, comentando lo valiente que había sido la niña protagonista y las ganas que tenían de aprender muchas cosas en la escuela como ella. Sin embargo, Lou permaneció todo el camino triste y silenciosa.

Cuando llegamos, Kim, que durante todo el camino durmió plácidamente a mi espalda, se despertó y se puso a llorar con desconsuelo. Entonces mi marido, me lo quitó cuidadosamente de la espalda y se encargó de atenderle y acostarle. Yo no podía creer lo que estaba pasando. ¡En todos los años que llevábamos casados era la primera vez que hacía algo así!

Después, cuando los niños se fueron a dormir agotados, me confesó que los hombres del pueblo habían visto la representación escondidos tras los árboles y que la historia le había hecho pensar mucho en nosotros y en nuestros hijos, sobre todo, en Lou y en la importancia de que volviese a la escuela.

Yo me acosté feliz imaginando la sonrisa de mi hija mayor al darle la noticia de su vuelta a clase.

